

# CONFERENCIA

## Vivencias sobre la investigación lingüística y lexicográfica

Discurso de Instalación del XXIII Encuentro Nacional de Docentes e Investigadores de la Lingüística, Instituto Pedagógico Rural El Mácaro (Turmero, Estado Aragua). 1º al 5 de junio de 2004.

**Francisco Javier Pérez**

Universidad Católica Andrés Bello  
Academia Venezolana de la Lengua

*Señoras y Señores:*

El texto que me propongo leerles, después de ofrecer a todos mis respetos y de confesar la inmensa alegría y emoción al poderlo compartir esta noche con todos ustedes, en una nueva ocasión feliz para la lingüística nacional al instalarse este *XXIII Encuentro Nacional de Docentes e Investigadores de la Lingüística* (ENDIL) y, no voy a ocultarlo, ocasión aún más feliz para mí mismo debido al generoso homenaje que se me tributa, estará ocupado y dividido en dos asuntos principales. El primero, un recuento personal sobre mi trayectoria de investigador, académico, escritor y estudioso de la lingüística venezolana. El segundo, un panorama de la actual situación de la investigación lexicográfica en el país y de las tareas que aún faltan por cumplirse.

Sin ningún otro exordio, comienzo por el primero de estos cometidos y lo hago recurriendo a la anécdota. Desde hace muchos años surgió entre mi entorno de colegas y amigos una graciosa especulación. No era sino una “echadera de broma” en torno a quién sería el homenajeado en la siguiente entrega de este Encuentro Nacional de Docentes e Investigadores de la Lingüística, sin duda la más prestigiosa reunión de colegas que desde hace veintitrés años conoce la lingüística en el país, al que asistíamos con asiduidad casi religiosa, año tras año. Después de espigar nombres célebres y sagrados de nuestro Panteón científico, imaginábamos el día en que alguno de nuestros nombres figuraría al frente del ENDIL como figura de homenaje. Los artífices de esta

chance éramos casi siempre los mismos: Raquel Bruzual, Ludmilán Zambrano, Francisco Freitas Barros, Marisol García, Elvira Ramos, Mariela Díaz, Horacio Biord y, entre otros, yo mismo. Era, por otra parte, una forma de proyectarnos en el futuro de nuestra especialidad y de convocar los sueños más genuinos del que heredábamos las fuerzas para continuar. De esta forma, nos creíamos sin quererlo, alguno de los maestros, cercanos o míticos, que nos habían guiado, desde la cátedra que año tras año suponía este Encuentro. Activos y pujantes algunos de estos homenajeados, otros ya habitantes de la posteridad, nos permitía el momento mágico de verlos transitar su gloria, la que supone el reconocimiento de los pares más auténticos, y de construir nuestro propio éxito futuro proyectado en el éxito de ellos mismos.

Pues bien, la broma ya comienza a ser una realidad para mí por la afectuosa voluntad de los organizadores de este XXIII ENDIL. Aquí estoy, el primero de mi generación en ser celebrado por los hacedores de este evento maestro de las actividades de la investigación lingüística nacional. En ningún momento quisiera que mis palabras se entendieran como manifestación de engreimientos y petulancias, esas abominables criaturas de la pobreza intelectual, tan frecuentes y tan deprimentes en nuestros círculos de pensamiento, y por las que he levantado y levantaré las batallas más persistentes en su ataque, pues estoy convencido que nada sirve, en los espacio del trabajo constante y de la disciplina más ancilar, el creerse tontamente llamado por unos dioses tan falsos a un banquete tan efímero y exiguo. Si algún barómetro me ha servido para medir la presión de mis anhelos y de mis empeños ha sido la honestidad de mi trabajo y la constancia monacal que en él he puesto desde que era un simple estudiante, el mismo que sigo siendo aunque otros crean que soy maestro. No tengo, por tanto, otra maestría que la del tesón y la pasión; la misma cosa, en definitiva.

Fue en 1989 cuando asistí a mi primer ENDIL, en la Universidad Simón Bolívar. Era la oportunidad en que se homenajeaba a la finada filóloga María Teresa Rojas, discípula de Ángel Rosenblat. Leí, posiblemente por ese arrojo que nos da la juventud y la inexperiencia, dos comunicaciones: una sobre los estudios de historia de la lingüística en Venezuela y otra sobre la técnica lexicográfica en la obra histórica de Fray Pedro Simón, el primero de nuestro lexicógrafos coloniales. Sin saberlo, las dos lecturas que allí hice estaban marcando la definitiva orientación de mi vocación de investigador.

Quedaba ya claro que dedicaría mis esfuerzos a la reconstrucción de la historia de la lingüística venezolana, con especial énfasis en los desarrollos lexicográficos.

Un año antes, sin embargo, en 1988, la publicación de mi primer libro: *Historia de la lingüística en Venezuela. Desde 1782 hasta 1929*, editado por la Universidad Católica del Táchira, gracias al empeño y la confianza de José del Rey Fajardo y Jesús Olza, dejaba ya asentado algunos resultados y abría caminos propios y ajenos para encaminar, aún con más fuerza, el campo de investigación en el que quería hacerme estudioso de nuestra lingüística. Siempre a la vista en esta vocación, la figura y el ejemplo tutelares de Fernando Arellano, uno de mis maestros en la Universidad Católica Andrés Bello, estaban presentes.

La década de los noventa me recibe en Alemania adonde había viajado como parte del sucinto equipo de investigación que integrábamos la profesora Rocío Núñez, como directora del proyecto “Nuevo Diccionario de Venezolanismos”, y yo, en mi carácter de investigador. Un feliz convenio firmado entre la Universidad Católica Andrés Bello y la Universidad de Augsburgo nos permitiría trabajar en uno de los centros de investigación lexicográficas más prestigiosos del momento: la Cátedra de Lingüística Aplicada de la Universität Augsburg; y con uno de los nombres mayores de la disciplina en todo el mundo: el doctor Günther Haensch. Desde hacía años, allí se elaboraba el más ambicioso proyecto moderno para la descripción diferencial del léxico español americano. Bajo el rótulo de “Nuevo Diccionario de Americanismos” y, en especial, debido a su estímulo constante desfilarían por la mencionada cátedra lo más granado de la lexicografía hispanoamericana y española. El contacto diario con el maestro Haensch y con las ricas tradiciones lingüísticas alemanas, prolongado desde 1990 hasta 1992, propiciarían, además de la consolidación de mi formación lexicográfica, la más comprometida vocación hacia el estudio de esta disciplina a la que hasta hoy no he dejado de dedicarle las horas más productivas de mi trabajo.

El resultado del período alemán no sería otro que el ya muy conocido *Diccionario del habla actual de Venezuela*, llamado cariñosamente el diccionario de la UCAB, que vería la luz, después de dos años de esclavizada corrección, en 1994. La recepción que esta obra generó y genera significaría una de mis mayores satisfacciones como lexicógrafo y, especialmente, uno de los empujes más sólidos de reconocimiento

que había recibido hasta el momento. El éxito de este libro se ha prolongado en el tiempo, manifestándose en tres reimpressiones que hacen un gran total de más de 15.000 mil ejemplares, todo un record en los anales editoriales venezolanos para una obra de referencia de estas características. Además, y a esto le asigno un valor aún mayor, la obra se ha instalado en el corazón de los usuarios –muchos, múltiples y diversos-, en quienes pensamos al hacer esta obra y a quienes está dedicado como protagonistas de la rica lengua de Venezuela. Los trabajos de este diccionario, además, habían arrojado como saldo tres obras satélites: el *Glosario de términos de transporte terrestres usados en Venezuela* (1988), el *Glosario de términos de transporte marítimo* (1989) y, el original y fundador *Manual de siglas venezolanas* (1990), en productiva coautoría con Horacio Biord, querido amigo y colaborador de excepción en muchos momentos.

Los pasos venideros de mi labor como investigador no se hicieron esperar en la faz tripartita de mis intereses como lexicógrafo, historiador de la lingüística y escritor. Voy a explicarme más detalladamente, siguiendo el curso cronológico de mis libros posteriores, hoy faros que guían aún el cúmulo de preocupaciones por la lengua, la lingüística y los lingüistas. En este recorrido que por un rato emprenderemos, está el que hoy creo el retrato más exacto de lo que he querido empezar a proponer y, más aún, las tareas inmensas que aún están marcadas en mi destino de estudioso. Dejaré fuera de esta consideración, pues sería cansado para ustedes y para mí, referir algunos aportes hemerográficos, pues ya son muchos y no es el momento de recuentos totalizadores.

En 1997, ve la luz los *Estudios de lexicografía venezolana*, publicado por La Casa de Bello. Allí se reúnen una serie de trabajos en las cuatro parcelas de la crítica lexicográfica y su estudio: historia de la lexicografía, la primera, con trabajos que, para mí mismo, son tan fundamentales como: “Cinco siglos de lexicografía del español de Venezuela”; paleolexicografía, la segunda, con mis primeros textos sobre diccionarios coloniales: “Estudios de lexicografía antigua de Venezuela”; metalexicografía, la tercera parcela, con estudios críticos sobre José Domingo Medrano, Teresa de la Parra, la lexicografía de la novela venezolana y la propuesta de una historia de nuestra metalexicografía; y, finalmente, la cuarta, etnolexicografía, con el fundador texto: “Mecanismos de descripción léxica en el *Diccionario del habla actual de Venezuela* y sus implicaciones etnolexicográficas”, que, primero, en 1995 en las *Jornadas de ALFAL, en el marco de la XLV Convención Anual de AsoVAC*, llevadas a cabo en la

Universidad Simón Bolívar (Valle de Sartenejas, Caracas) y, en 1996, en el Congreso Internacional de la ALFAL, celebrado en la Universidad de Las Palmas, en Canarias.

La comprensión cultural de los diccionarios, la metalexixografía y la historia de la lingüística vinieron a fructificar en el siguiente de mis libros, una de mis creaciones más queridas: *Mitrídates en Venezuela. Diccionarios, poliglotismo y lenguas indígenas en Julio C. Salas*, publicado en coedición entre la Fundación Julio César Salas y la Universidad Católica Andrés Bello, en 1999. Se trataba del ensayo ganador de un premio convocado por la mencionada fundación, un año atrás, para estudiar la obra de este notable trabajador de las lenguas andinas. Mi investigación al *Gran diccionario comparado*, que este autor tituló: *Orígenes Americanos*, fue trabajada desde las ricas visiones que ofrecían los repertorios multilingües o Mitrídates: gigantescos diccionarios o enciclopedias del idioma que, especialmente desde el siglo XVIII, poblaron la bibliografía de la lingüística más atractiva, previa al comparatismo y la comparatista misma. Las primeras palabras del libro, sellan el modo y el compromiso que los lingüistas tenemos para ocuparnos de los asuntos de las lenguas y, debo confesarlo, son mi propio credo personal como lingüista:

El amor de los lingüistas es un amor muy grande y muy especial. Resulta de un acercamiento sacralizado por las palabras, por las estructuras, por las combinaciones de formas, por las posibilidades de selección posibles dentro del propio universo que constituye el lenguaje. Resulta de una vocación y una disciplina no común en otros ámbitos de la ciencia. Resulta de una pasión ecuánime por descubrir lo que las palabras encierran como descubrimiento del mundo al que designan. Resulta de una necesidad por comprender el nexo que establece el lenguaje entre el hombre y las cosas que componen su realidad vital. Resulta de la comprensión de un desfase entre la realidad y la fábula, entre los afectos y las fobias; resulta, pues, del desequilibrio entre el conocimiento de lo que puede pensarse o conocerse, de los desajustes que los hombres podemos padecer entre la fascinación y el horror por comprender lo que significamos en el concierto de la inconmensurabilidad de los universos que podemos construir e imaginar.

Ese interés por la construcción de universos, sería lograda en mi siguiente libro: *Diccionarios, discursos etnográficos, universos léxicos. Propuestas teóricas para la comprensión cultural de los diccionarios*, publicado el año 2000, en coedición entre la Universidad Católica Andrés Bello y el Celarg, y en el que se daba forma a un conjunto de estudios, parcialmente desarrollados mientras me desempeñaba como Investigador por Concurso en la última de estas instituciones. Son mapas lingüísticos, universos de palabras e imágenes culturales las que allí se dan cita para producir uno de mis trabajos teóricos más sólidos.

En esta misma línea, pero en desarrollo monográfico más agudo, se publicaría el mismo año 2000, en edición de la Universidad Católica del Táchira, mi estudio sobre el Humboldt lexicógrafo: *Descubriendo diccionarios encubiertos. Voces venezolanas en el viaje de Humboldt*.

Culmina el productivo año 2000, con la aparición de *Incursiones de lingüística zuliana. Una contribución para su historia*, una primera pesquisa pormenorizada desde la impronta de las producciones regionales del país, una investigación en el marco de los pequeños dominios. La inmensa generosidad de la Universidad Católica Cecilio Acosta de Maracaibo logró la edición de esta obra, también en cierta medida pionera. Los trabajos sobre lenguas indígenas zulianas y sobre el español del Zulia, así como estudios de las figuras más representativas de sus tradiciones lingüísticas son evaluadas en mirada orgánica y abarcadora. Todo el empuje de la escuela zuliana parecen, en este libro, cobrar sentido en la obra crisol de Iraset Páez Urdaneta. Efectivamente, en el “Ensayo sobre Iraset Páez Urdaneta” desarrollo la propuesta de un gran lingüística, desde los parámetros más agudos de la filosofía del lenguaje, distendidos en tres indicadores conceptuales: ver, oír y callar. Aquí, la materia es ya de poética y de lingüística, en los sentidos adquiridos a partir del imperecedero pensamiento de Jakobson.

Continuación y desarrollo de estos intereses, vendrán a sumarse dos de mis libros más entrañables: los titulados *Satisfacciones imaginarias*, en sus dos entregas: subtitulada, la primera, *Una indagación sobre lingüística y poética* y, la segunda, *Indagaciones sobre lenguaje, literatura y música*. Se publicaron, respectivamente, en 1998 y 2001, en una combinación editorial que implicaba al Grupo Editorial Eclipsidra

y a la Universidad Católica Andrés Bello. Están dedicados, bajo la invocación de algunos de mis dioses tutelares (Flaubert, Berlioz, Schumann, Jakobson, Benjamin), a la exploración de los cruces entre escritura literaria y estética y entre escritura literaria y ciencia del lenguaje. Privando en ellos más la seducción de la materia y la presentación que sobre ella se haga y muchísimo menos ese rigor un tanto dudoso impuesto por los cánones de la moderna academia, son manifestación de una estética sólo satisfecha desde las cúspides alcanzadas por la ficción, la fábula y el símbolo. Líneas oblicuas, en suma, que van a encerrar figuras inesperadas como las de un Flaubert lexicógrafo y las de un Berlioz escritor; un músico que escribe y un escritor que hace ciencia, o las pretensiones de ambos por entenderse como tales. Leemos, además, las intenciones del músico Manuel de Falla por ser un crítico reposado sobre temáticas que desprecia o las del pensador José Ortega y Gasset por comprender el emblema cultural que para todos sigue representando el mito del Goethe más universal. Me permito, irreverente y cariñoso, hacer un aporte al libro epistolar de Walter Benjamin, ese prodigio titulado: *Personajes alemanes*. En el centro de mi corazón, la obra de Bruckner y el acopio doloroso de dolores que exige la lectura del libro de Theodor W. Adorno sobre el sinfonista Gustav Mahler.

Superados estos vapores del corazón, el año 2002 me encuentra en un "a la carga" en materia lexicográfica. Me refiero al momento en que elaboro el *Diccionario venezolano para jóvenes*, con el patrocinio editorial de Los Libros de El Nacional. Hijo de la investigación léxico dialectal, tiene por objeto describir para el usuario juvenil escolarizado el conjunto esencial de venezolanismos y buena parte de los jergalismos con los que se tropieza a cada paso un hablante de esas edades en el manejo de una lengua que es virtuosa, sin saberlo.

El último de mis libros, fechado también en 2002, es, quizá, una de las cumbres de mis investigaciones en historia de la lingüística. *Oídos sordos. Julio Calcaño y la historia del purismo lingüístico en Venezuela*, no es sino un acucioso registro de la especie más temida y adorada de la lingüística de todos los tiempos y de la consideración sobre el desenvolvimiento de la teoría del uso. Descreyendo de ella, el purismo y el purista levanta código de prohibiciones y reglas de odio hacia el libre fluir de la lengua, un océano a donde van a parar ríos de las aguas más dispares. Para entender cómo en nuestra lingüística del siglo XIX cobra su fuerza más arrolladora el

purismo, me fijó en la figura escalofriante de Julio Calcaño (1840-1918), el primer Secretario Perpetuo de la Academia Venezolana de la Lengua y uno de los nombres venezolanos estelares en el estudio del lenguaje, autor del célebre tratado *El castellano de Venezuela* (1897), que le da pública fama y le resta méritos en los intersticios más maduros de la ciencia venezolana del lenguaje.

Aunque no publicado aún, el último de mis trabajos de investigación se domicilia en una materia muy sustantiva y rara en la historia de nuestra lingüística del siglo XIX. Me refiero a los estudios sobre la lengua sánscrita, la siempre seductora lengua sagrada de la India, y su implicación con el comparatismo lingüístico, como se sabe, el método de los métodos en la lingüística decimonónica. La obra ha sido una reconstrucción de los procesos sanscritistas en la lingüística venezolana, las corrientes que le han dado cuerpo, las obras que le han ofrecido solidez y los autores que, con rigor y pasión, la han animado. Al más emblemático de ellos, de nombre Félix E. Bigotte (1833-1907), dedico la inspección más minuciosa, tanto bibliográfica, como biográfica e histórica. Se trata de la trayectoria de un lingüista inadvertido, inacabado y perdido. El título de la tesis doctoral que, por los momentos, da forma a esta historia de la lingüística sánscrita en Venezuela es: “Las ruinas de Akâra. Lingüística sánscrita y orientalismo en Félix E. Bigotte” (2003).

Subsidiarios de los libros reseñados, un conjunto grande de textos han ido mostrando sus parciales resultados en publicaciones periódicas o en memorias de eventos científicos. Enriquecen los intereses de las investigaciones y permiten afinar métodos y visiones para entender los fenómenos y solventar algunas problemáticas. Hasta aquí, entonces, el recuento mayor de mis trabajos. Quisiera, ahora, tratar de esbozar algunas ideas para entenderlos en el marco de la investigación lexicográfica venezolana del presente y tratar de ver si ésta les debe algo como contribución.

Antes, sin embargo, debo decir algo sobre el último momento destacable de mi actividad como estudioso de la lingüística venezolana. Se trata del reconocimiento que la Academia Venezolana de la Lengua ha hecho a mis empeños de estudioso y a los primeros resultados que éstos han ofrecido. Así, en abril del 2002 soy elegido Miembro Correspondiente por el Distrito Capital y, en octubre del 2003, Individuo de Número de la corporación. Más allá de lo que en lo personal esta designación honorífica comporta,

creo que habla de la modernización de la institución y de un llamado desesperado a los naturales relevos, a los cambios de timón, a los rumbos inexplorados y a los nuevos intereses por donde quiere seguir creciendo en gloria la primera y más discreta de nuestras academias. Un nuevo compromiso ha quedado sellado por mí con cada una de estas elecciones. Mi empeño para evitar los naufragios son y serán, como puede colegirse, inmensos, si pensamos que en el sillón en donde me siento, el denominado con la Letra R, estuvieron en algún momento sentados: José María Manrique, Manuel Díaz Rodríguez, José Antonio Cova y Pascual Venegas Filardo. No quería, pues, dejar de festejar hoy con ustedes este logro del que aún no estoy del todo bien consciente.

Pasemos, finalizado el recuento de mi actividad personal, al segundo tema de esta intervención, aquél que se impone revisar el estado de nuestra disciplina lexicográfica y las tareas aún pendientes. También, además, intentar en él y para ellas buscar mi propia participación. Pues bien, sería la pregunta: ¿cómo entender el papel que pueden jugar mis investigaciones en el panorama de los estudios lexicográficos actuales? Sin tener una respuesta o, quizá, para tenerla, creo que se necesita echar un vistazo por lo que se ha hecho y lo que falta por hacer.

La ocasión y espacio de este discurso no permiten hacer recuentos pormenorizados, pero sí ofrecer algunas visiones de conjunto sobre los logros actuales de la lexicografía venezolana en el marco de la investigación lingüística global. Habría, así, que decir que el léxico español de Venezuela es, hoy, una de las variantes hispanoamericanas mejor descritas lexicográficamente, en vista de la significación complementaria de los dos diccionarios generales más recientes: el *Diccionario de Venezolanismos* (1993), de la Universidad Central de Venezuela; y el *Diccionario del habla actual de Venezuela* (1994), de Rocío Núñez y Francisco Javier Pérez, de la Universidad Católica Andrés Bello, arriba reseñado. También, que, aun por duro que sea reconocerlo, no se ha avanzado mucho en descripción dura sobre el léxico diferencial desde la publicación de estas dos obras; y que, en descargo de esta situación, son muchas las parcelas dialectales, regionales, diastráticas y diatómicas que, en investigaciones mejores o peores, se pueden ya apreciar algunos progresos perdurables.

La exploración sobre indovenezolanismos léxicos, aunque teniendo a Lisandro Alvarado (1858-1929) como estandarte indestronable aún, se ha alimentado en las

décadas recientes de muchos trabajos de raíz antropológica o etnohistórica y de la propiamente lexicográfica. No puede, entonces, faltar para los primeros la perspectiva de Horacio Biord y, para los segundos, la de Zaida Pérez, de la UCAB y la UCV, respectivamente. La toponimia indígena ha sido estudiada por algunos eruditos maestros como los fallecidos Tulio Chiossone y Adolfo Salazar Quijada, incansables en sus metas y, desde el enclave larense de Sarare, Renato Agagliate. Aquí, también, se ha producido una revisión de fuentes antiguas en el más reciente trabajo de Luciana de Stefano, de la UCV, en relación a los indigenismos en la obra de viaje del italiano del siglo XVI Galeotto Cei. Desde otra perspectiva, Ramón Querales, Cronista de la ciudad de Barquisimeto y estudioso de las lenguas indígenas larenses, ha presentado su *Glosario de voces indígenas y etnias prehispánicas del Estado Lara* (2001).

Desde la perspectiva de lo regional léxico, como sabemos, falta mucho por hacer. Sin embargo, algunas experiencias de investigación ya culminadas deben ocupar su lugar en mi recuento. Estoy pensando en trabajos como los del *El habla rural de la Cordillera de Mérida* (1998), de Enrique Obediente, Thania Villamizar y Alexandra Álvarez. También desde la perspectiva de las hablas cultas sectorizadas en capitales hispanoamericanas, recae el más reciente aporte en el trabajo de Mercedes Sedano y Zaida Pérez: *Léxico del habla culta de Caracas* (1998). Junto a estos casos, que habría que completar para otras capitales regionales del país, la culminada investigación de María Eugenia Martínez de la UCV: *Léxico básico del español de Venezuela*. Aquí, en fusión de la perspectiva diferencial y jergal, nuestro *Diccionario venezolano para jóvenes*, ya citado.

Colateral con estos aportes, la inexistente plataforma sobre geografía lingüística venezolana y su contribución al conocimiento de la materia léxica viene a cobrar impulso con la publicación de una obra portentosa, obra de Manuel Alvar, uno de los nombres icónicos de la investigación filológica y dialectal española e hispánica. Se trata de la última y feliz obra que ve la luz, poco antes del fallecimiento del maestro. La ha titulado: *El español en Venezuela. Estudios, mapas, textos*. Su publicación por parte de la Universidad de Alcalá de Henares constituye todo un acontecimiento para los estudios en esta materia del quehacer lingüístico venezolano.

Las investigaciones bibliográficas e históricas, tan hermanadas, también han visto en los años recientes la aparición de algunos estudios rescatables. Me refiero, en primer lugar, a la serie de repertorios bibliográficos sobre *Lexicología y lexicografía de Venezuela*, de Edgar Colmenares del Valle. Después, a la bibliografía sobre español venezolano ordenada por Irma Chumaceiro e Irania Malaver para la serie publicada por la editorial española Arco Libros. En cuanto a investigación sobre historia de la lexicografía venezolana, la realidad exige que vuelva a tomar la primera persona y que refiera algunos de mis trabajos. En especial, el ya citado “Cinco siglos de lexicografía del español en Venezuela” (1992) y el estudio "De palabra en palabra", en la obra colectiva titulada: *Venezuela siglo XX: Visiones y testimonios* (2001), coordinada por Asdrúbal Baptista y editada por la Fundación Polar. En esta misma línea, el artículo escrito por Manuel Bermúdez y titulado: “El castellano en Venezuela”, para la *Gran Enciclopedia de Venezuela* (1998) de la Editorial Globe. Han venido a alimentar esta parcela de la investigación, la edición de unas pocas obras lexicográficas de épocas y autores pasados, así como las reconstrucciones de algunas de las piezas claves del siglo XIX. Sería el caso de los trabajos que acometimos para sacar del olvido los vocabularios inadvertidos de Humboldt, los perdidos de Fermín Toro sobre el Guajiro y los textos sobre indigenismos léxicos de Julio César Salas, como refutación del sabio merideño a Julio Calcaño. Un poco antes, Iraset Páez Urdaneta había prologado una edición facsimilar (1990) con las dos ediciones decimonónicas de las *Apuntaciones para la crítica sobre el lenguaje maracaibero*, de José Domingo Medrano, para José Agustín Catalá y sus Ediciones Centauro.

Lo anterior es todo lo que podemos referir sobre investigación lexicográfica culminada en el tiempo reciente. Habría, para tener una clara visión del cuadro completo, que abordar otras problemáticas que se desarrollan en paralelo con la producción lexicográfica nacional. Me estoy refiriendo a lo que desde las aulas académicas se ha desarrollado como docencia, programas de postgrado, reuniones científicas, fomento de trabajos de grados, entre otros asuntos. Aquí, y lo digo con desazón, el campo está yermo. Nada, o muy poco, es lo que en estas parcelas hemos adelantado hoy frente a los períodos anteriores. En las asignaturas lingüísticas de nuestras carreras de letras la lexicografía no existe. En los programas de nuestros estudios de postgrados en lingüística, la lexicografía ha sido materia cenicienta. Única excepción, y que por generosa escogencia de su coordinador, el profesor y amigo Ebelio

Espínola, recayó sobre mí, y nuevamente estoy obligado a pasar a la primera persona, siempre tan odiosa, de la Maestría en Lingüística del Instituto Pedagógico de Barquisimeto. Allí, hace un par de años hemos fundado, gracias al tino de los que han pensado este programa, la cátedra: “Lexicografía y dialectología”, como posibilidad de encauzar técnicamente a los interesados y de proponer los tan necesarios acercamientos a la lexicografía dialectal venezolana. De esta cátedra, además, se va generando ya un cuerpo de tesis de maestría que incentivarán, de mantenerse el buen ánimo entre sus autores, algunos saldos y vocaciones posteriores. Por último, siguen siendo escasas las ponencias que en nuestros eventos científicos dedicados al lenguaje (Endil, Jornadas ALFAL y Aled; además, de las numerosas reuniones regionales sobre el tema) están dedicadas a la exploración de tópicos lexicográficos.

Sobre el cuadro anterior, a estos efectos, el más completo posible, arriesguemos algunas conclusiones y, en especial, señalemos los derroteros que aún hay que transitar. En este punto, voy a recordar las ideas y las palabras que en el Endil XVIII, celebrado en Maturín y Caripe, en 1999, pronuncié en el Simposio que tituló, agudamente su organizador el profesor Rudy Mostacero, “La lingüística venezolana hacia el siglo XXI por quienes serán sus protagonistas”. Mi intervención, leída en la humboldtiana Caripe, versó sobre el futuro de los diccionarios venezolanos. Destaqué, en esa tan propiciadora ocasión, las tareas que aún nos faltaban por acometer, sin desmedro de las ya acometidas. Voy a sintetizarlas, ahora, y a remozarlas con nuevos gestos, en vista de que aún seguimos teniendo las mismas necesidades.

Me referí, en la oportunidad señalada, a ocho tareas pendientes:

Primera:

A pesar de lo hecho, queda, todavía, mucho por hacer y, sobre todo, queda mucho por hacerlo bien y satisfactoriamente. Esta sería la primera propuesta inaplazable. Nuestra técnica debe reforzarse y sofisticarse sobre la idea de que un diccionario debe cumplir bien unas pocas metas. En ningún caso funcionan modernamente diccionarios que, con desmedida ambición, quieren definirse como compendio totalizador de algo tan incompendiable como la lengua misma. Es perentoria exigencia asignar a cada texto muy pocas funciones. El fracaso de muchos buenos

diccionarios estuvo y está en construir la obra sobre la ficción que todo diccionarista arrastra en su propia naturaleza de lexicógrafo, suerte de novelista que funda el universo por acumulación de las palabras que le sirven para designarlo, y no en el riguroso criterio que sirve para entender la pequeñez aproximativa del diccionario frente a la magnificencia inabrazable de la lengua. No es posible ya seguir concibiendo diccionarios desmedidos en extensión y volumen, macrodiccionarios multifuncionales que, muy pocas veces, arriban al puerto de destino.

### Segunda:

La profesionalización de la labor lexicográfica. Apreciando inmensamente los trabajos vocacionales y de pasatiempo, creo que debe dejarse la elaboración de los diccionarios a quienes saben hacer diccionarios. La historia de la disciplina debe descartar, si es preciso con rudeza, una miríada de producciones acientíficas que no aportan mucho al panorama de estos estudios. Así como la historia de la poesía no se hace tomando en cuenta las que se escriben por la razón de los amores adolescentes, así también no podemos dirigir nuestra atención a tanto diccionario marginal.

La necesidad de profesionalización de la investigación lexicográfica también presenta la faz educativa y formativa, que antes hemos caracterizado, en la escasez de ofertas de estudio en las maestrías nacionales de lingüística. Esta desolación académica podría explicar el poco rigor técnico con que se acometen en Venezuela este tipo de obras.

### Tercera:

En aparente contradicción con la anterior, sería la atención y concreción de lo que he llamado los pequeños dominios lexicográficos. Se trata, no de esos malos textos a los que me he referido, sino de los que constituyen las bases de la historia de la disciplina, periferias generadas por los grandes textos que, curiosamente no son en solitario sólo los que construyen el palpitar de la disciplina. Se trata de acercarnos a los refinamientos técnicos exquisitos ofrecidos por textos que entendieron, casi siempre, la función ancilar del diccionario; es decir, libro de servicio, herramienta decodificadora, auxiliar de investigación. Vocabularios y glosarios colocados como apéndices a obras

literarias, históricas o científicas constituyen, entre una larga lista de posibilidades tipológicas, algunas de las muestras de estos pequeños dominios.

Posiblemente, la más pertinente de todas las tareas la constituya ésa que busca elaborar diccionarios regionales exhaustivos. Así como en la lexicografía general sobre el léxico venezolano se han hecho intentos totalizadores en donde el léxico regional apenas es una referencia llena de fugacidades e imprecisiones, ahora debe acometerse la tarea de elaborar, por regiones, diccionarios que describan el léxico que las haga identificables lingüísticamente. En este sentido, la inexistencia de atlas lingüísticos que avalen la descripción lexicográfica determina la pobreza en este campo (vid. Supra las referencia al trabajo de Manuel Alvar).

La importancia del trabajo lexicográfico en pequeños dominios es tal que hasta la propia reflexión metalexigráfica debe hacerse pensando en ella. Tiene que concebirse la historia de la lexicografía venezolana teniendo como soportes las aportaciones de estas instancias menores de la producción. Entonces, pequeños dominios, grandes textos.

También, en este sentido, queda pospuesta la elaboración de un diccionario que dé cuenta de la historia de la lengua en Venezuela, aquel diccionario histórico, sueño de sueños que en lexicografía ha hecho fracasar a muchos equipos de investigación bien constituidos, por la hiperabundancia de exigencias y de recursos que una obra así requieren.

#### Cuarta:

La necesidad de entender el trabajo de la lexicografía técnica, es decir, la propuesta de muchas disciplinas científicas o de actividades de la vida moderna que requieren de un texto que haga accesible el léxico de su especialidad a otros especialistas o a los aprendices de la disciplina en cuestión. Me refiero a los diccionarios que pueden concebirse desde la culinaria a la exploración astronómica del universo. La premisa metodológica que atañe al lexicógrafo sería que este tipo de obras, hasta ahora elaboradas por especialistas en su área de estudio o en la actividad motivo de la descripción, deben contar con el apoyo del lexicógrafo para lograr los niveles

estructurales y descriptivos adecuados para estas obras. Tiene que empezar a contarse con la ineludible asesoría del lexicógrafo en los proyectos, cada vez más frecuentes, de construcción de obras de referencia en este tiempo en el que ellas han cobrado una importancia protagónica en el ámbito del conocimiento, tan inabarcable.

#### Quinta:

La elaboración técnica de diccionarios para nuestros pequeños hablantes. El diccionario llamado escolar como puerta de acceso de los niños y adolescentes a la lengua a través del léxico, se impone como uno de los más urgentes trabajos lexicográficos. Existen diccionarios escolares venezolanos, pero, lamentablemente, son el resultado de apresuradas recopilaciones de corpus generales del español, generalmente tomados y copiados del diccionario académico, que no reflejan ni la realidad de nuestro léxico ni han sido pensados para transmitir el encanto de la lengua que se traducirá en una fascinación espiritual duradera. Obra de comercio más que de amor, asumen muy pocos compromisos con la técnica de elaboración.

#### Sexta:

La culminación de las investigaciones centrales sobre la historia de nuestros diccionarios, algunas de ellas ya en proceso. La profesionalización de esta disciplina también está planteando que la reflexión metalexigráfica se haga desde los miradores de la especialidad. Crítica de diccionarios, propuesta con seriedad y con la finalidad del mejoramiento de los instrumentos, así como la reflexión historiográfica sobre el transcurrir de la disciplina deben compenetrarse para establecer un campo de estudio con objetivos propios y muy definidos. Falta, sin embargo, aún, un primer texto que encuadre de manera sistemática y detallada las líneas directrices de la historia de la lexicografía venezolana, desde los tiempos coloniales hasta el momento presente.

#### Séptima:

La creación de una publicación periódica que esté dedicada al dominio de nuestros diccionarios, en donde la reflexión historiográfica y metalexigráfica tenga un espacio natural y especializado.

## Octava:

Una vez que hemos llegado hasta aquí en el recuento de las tareas pendientes, se impone referir las más sustantivas de todas, aquélla sin las que las anteriores no tienen sentido, soporte conceptual y espiritual de la labor diccionariológica: la comprensión del diccionario como objeto cultural.

Con un rango muy pertinente dentro de las modalidades textuales y discursivas, el diccionario no sólo es, como se ha dicho, instrumento de comprensión de la lengua por la vía del léxico, es, sobre todo, instrumento de comprensión de la cultura y del hombre por medio del léxico de una lengua. Verdad en la que todos creemos, pero que no ha sido investigada en profundidad: el diccionario debe ser, entonces, no sólo consultado sino leído. Leído como se leen otras especies textuales y discursivas, para ver a través de él aquello que entendemos como trascendente en nuestro acontecer y que determina el tono de nuestras vidas. El diccionario ofrece, a quien es capaz de recorrer su laberinto semántico y estructural, el pulso de la vida que nos determina y singulariza como individuos, pueblo y nación.

Ricos en posibilidades descriptivas, los diccionarios se erigen en imágenes de los pueblos a través del idioma. Van armando el inagotable registro de las palabras que nos sirven para designar el mundo y, también, para crearlo, mientras lo van creando y van construyendo su imagen. Objetos culturales que nos hablan no sólo de palabras sino de los hombres que están detrás de las palabras. Afectos y rencores, ternuras y pasiones, visiones del mundo, comportamientos y mentalidades, esperanzas y frustraciones que los diccionarios están poniendo ante nuestros ojos desprevenidos que creen que sólo leen el significado de aisladas palabras, cuando en realidad no hacen sino leer el significado general de la existencia.

Significado y tono de la vida a través del acercamiento cultural de los diccionarios, etnografía del texto lexicográfico, es, entonces, algo más que duro, metódico y paciente trabajo técnico de elaboración; es obra de arte más que obra de ciencia, debe decirse con la mayor de las sinceridades.

Como obra de ciencia el diccionario tiene, para nosotros, como tarea venidera el refinamiento de la técnica más férrea y delicada. Como obra de arte, la más asombrosa posibilidad de convertirse en nuestra imagen. Icono e iconografía, imagen e imaginario, léxico y lexicografía están contribuyendo permanentemente a consolidar una epistemología del lenguaje y otra del texto lingüístico.

Esta última tarea, la más inaplazable de todas, aquélla de convertir el diccionario en obra de arte capaz de entenderse como imagen e imaginario de lo que somos, debe constituirse, una vez que la técnica y el estudio formativo queden resueltos, en el nuevo camino lleno de tareas de nuestra lexicografía para el siglo que está corriendo.

*Señoras y señores:*

No me queda ya tiempo sino para los agradecimientos. Así pues, los primeros no pueden ser sino para los organizadores de este XXIII ENDIL y, en especial, a su presidenta mi colega y amiga la profesora Dilcia de Rosa, por el inmerecido honor que me hacen con la escogencia de mi nombre para instalar, en calidad de homenajeado, este evento. Junto a ella y a ellos, a las autoridades y a la institución misma que acoge y patrocina este año este rotativo Encuentro de Docentes e Investigadores, el Instituto Pedagógico Rural El Mácaro, de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador. Asimismo, a los maestros fundadores y promotores del ENDIL, Godsuno Chela-Flores y Sergio Serrón, como cabezas más visibles y sensibles. Especial mención, a mi compañero de homenajes en este ENDIL, el destacado educador Samuel Eduardo Qüenza. También, a todos los colegas de ayer y de hoy que acuden tesoneramente a esta Aula anual de confrontación y crecimiento para la lingüística venezolana. A los maestros que iluminaron la senda y a la Universidad Católica Andrés Bello que me ha permitido recorrerla. A mi familia toda y a mis amigos y compañeros de utopías realizables. A los que culminan, mi admiración; a los que comienzan, mi apoyo y mi aliento si son capaces de perseverar disciplinadamente y con inteligencia.

Termino, recordando a mi maestro Fernando Arellano, quien el día en que nos graduamos de Licenciados en Letras destacó que ese título no hacía sino sellar, indestructiblemente, un compromiso con el saber y la sabiduría. Pues bien, hoy quiero

decirles a todos, que este homenaje que me rinden no será entendido como una medalla más, sino, contrariamente, como un sello indestructible, similar a aquél que para nosotros quería Arellano, con el estudio persistente y permanente de nuestra lengua y de nuestra lingüística, esas parcelas del conocimiento humano y científico a las que hemos dedicado y dedicaremos todos los sueños que nos permitan seguir soñando. Gracias, muchísimas gracias.